

Habitar en un mundo más que humano: oportunidades e impedimentos de los jóvenes en el cuidado del planeta

*Yolanda Corona Caraveo**

*Fabio Arturo López Alfaro***

*Rubén Darío Martínez Ramírez****

*Karla Odet Morales Lara*****

*Pamela Robles Jara******

Resumen

En este artículo se reflexiona sobre los problemas que enfrentan los jóvenes para poder movilizarse en el cuidado del planeta. Se realizó una investigación con estudiantes universitarios en la que se identificaron factores que les impiden comprometerse con el cuidado ambiental, analizando la manera en que se transmiten las noticias acerca de la crisis ambiental, que generan emociones y reacciones adversas, limitando su movilización. El análisis sugiere tres ejes claves para cambiar esto: en primer instancia, que es necesario adaptar la comunicación sobre la crisis ambiental para no causar una desesperanza e inmovilidad en las personas; segundo, con-

* Programa Infancia, Departamento de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [yolanda.corona.c@gmail.com].

** Red Universitaria de Cambio Climático, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: [fabio.alfaro@pincc.unam.mx].

*** Programa de Investigación en Cambio Climático, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: [rudymraz@gmail.com].

**** Colectivo Ecoescencias, Área de Investigación y Desarrollo de Proyectos. Correo electrónico: [karla18ml@gmail.com].

***** Colectivo Ecoescencias, Área de Investigación y Desarrollo de Proyectos. Correo electrónico: [pamelaroblesjara@gmail.com].

siderar una ética del cuidado como un factor intrínseco y fundamental en nuestro existir; y tercero, entender que no hay una división entre naturaleza y el mundo humano por lo que el cuidado se interrelaciona con diversas especies.

Palabras clave: cuidado del planeta, jóvenes, mecanismos de defensa, respuestas emocionales, ética del cuidado.

Abstract

This article reflects on the problems faced by young people in mobilizing to care for the planet. Research was carried out with university students in which factors were identified that prevent them from committing to environmental care, analyzing the way in which news about the environmental crisis is transmitted, which generates adverse emotions and reactions, limiting mobilization. The analysis suggests three key axes to change this: first, that it is necessary to adapt communication about the environmental crisis so as not to cause hopelessness and immobility in people, second, considerate an ethic of care as an intrinsic and fundamental factor in our existence; third, to understand that there is no division between nature and human world, so that care is interrelated with different species.

Keywords: caring for the planet, youth, defense mechanisms, emotional responses, ethics of care.

Introducción

En este artículo partimos de la problematización que hace María Puig de la Bellacasa acerca de lo que es el cuidado. La autora se pregunta: “¿Qué es el cuidado? ¿Es un afecto?, ¿una obligación moral?, ¿un trabajo?, ¿un peso?, ¿un gozo?, ¿algo que podemos aprender y practicar? ¿Algo que solamente hacemos?” (2017: 1). Con estas preguntas Puig de la Bellacasa nos permite ver la complejidad del tema

eje de este artículo. Nuestra reflexión parte de las propuestas de Haraway (2008), y de la propia Puig de la Bellacasa (2017) en el sentido de preguntarnos sobre las implicaciones éticas de nuestra existencia en lo que ellas llaman “mundos más que humanos”. Esta noción se refiere no sólo a otras especies, sino también a las cosas, a los objetos, a todo tipo de organismos y, por supuesto, a los humanos.

Lo anterior nos lleva a una consideración filosófica que cuestiona la visión del mundo occidental en el sentido de la separación del hombre y la naturaleza, así como la falta de entendimiento de que nuestro ser se desenvuelve en un contexto de inter-existencia con los mundos no humanos, de los cuales dependemos y hacia los cuales tenemos una responsabilidad. Separar la vida humana de la naturaleza tiene una implicación muy clara en términos de la evasión o incluso una negación más clara del cuidado que nos corresponde tener hacia el planeta y hacia las otras especies con las que convivimos en la Tierra. Tanto Haraway (2008 y 2019) como Escobar (2016) y Puig de la Bellacasa (2017) plantean la necesidad de un giro ontológico en el que es necesario revisar las premisas que se tienen sobre las entidades que existen en el mundo, para entender que “nada preexiste, sino que todas las cosas y seres solo existen en relación con otros, y no tienen vida propia” (Escobar, 2016: 18).

Por otro lado, nos parece importante retomar el planteamiento de Haraway (1991) sobre el cuidado que tendríamos que tener los profesionales que trabajamos en la academia ya que parte de nuestro trabajo tiene que ver con producir conocimiento y difundirlo. Puig de la Bellacasa plantea que para Haraway “el conocimiento, como la ciencia, son prácticas relacionales que tienen consecuencias materiales importantes en la conformación de mundos posibles” (2017: 71). En términos de este artículo nos referimos a la manera en que su propuesta se relaciona con el manejo que han tenido tanto los científicos, los investigadores y los maestros en la comunicación sobre la crisis climática que vivimos, así como en las posibles consecuencias que ha tenido dicha información en diversos sectores.

Desde una visión más psicológica el artículo indaga acerca del tipo de respuesta emocional que se puede dar ante la información

que se ha ofrecido acerca de los problemas ambientales y la forma en que la misma puede activar ciertos mecanismos de defensa para manejar la angustia que provoca la gravedad de la crisis ambiental. Abordamos esta problemática desde lo que propone Susanne Moser (2007) en relación con las respuestas emocionales ante el cambio climático, así como de la forma en que la empatía e incluso los cuidados a pesar de ser inherentes al ser humano se pueden ver “erosionados” como Baron-Cohen (2011b) propone.

Parte de la discusión que presentamos en este artículo proviene de una exploración con alumnos universitarios acerca de la forma en que ellos se sitúan ante los problemas ambientales. Damos especial énfasis a las respuestas emocionales que se generan, ya que consideramos que éstas están estrechamente vinculadas a las acciones o falta de ellas ante esta problemática. Describimos, por tanto, algunas de las respuestas que hemos obtenido en el diálogo con ellos, reflexionando específicamente sobre tres aspectos: el papel que tiene la información y la comunicación sobre los problemas ambientales, las emociones que éstas producen, así como los impedimentos que los jóvenes encuentran para adoptar un compromiso hacia el cuidado del ambiente.

Problematización

La actividad humana ha impactado el medio ambiente de manera exacerbada en todos sus componentes. Ninguna esfera de la Tierra ha permanecido inafectada. Las predicciones científicas están plagadas de mensajes poco prometedores: se habla de extinciones masivas de especies, de la degradación del suelo y la desertificación como fenómeno sistémico que arriesga la producción de alimentos, de la pérdida de polinizadores, de elevadas tasas de aumento de la temperatura global, desoxigenación del océano, del aumento de nivel del mar que ya está sumergiendo islas, de la pérdida de glaciares y de mayores impactos hidrometeorológicos (IPBES, 2019; IPCC, 2018), por mencionar algunas de las repercusiones más catastróficas que

suelen plagar el discurso. Ante esto, los gobiernos del mundo toman acción a través de compromisos y mecanismos de gobernanza ambiental global establecidos en las Conferencias de las Partes (COPs, por sus siglas en inglés) de las convenciones internacionales, los cuales buscan lograr los objetivos sociales, climáticos y ambientales a través de la sinergia de la comunidad global. Éstos han sido plasmados en, por ejemplo, las Metas de Aichi para la Diversidad Biológica, la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible o el Acuerdo de París y la Visión 2050 para la Diversidad Biológica.

Sin embargo, y a pesar de los logros que se han tenido, los avances actuales son insuficientes para lograr todos los objetivos climáticos y ambientales acordados. Desde la perspectiva climática, con las metas de mitigación presentadas en 2015 en la COP21 de París, no será posible limitar el calentamiento global a 1.5 °C, como es el objetivo del Acuerdo de París, pues el mundo estará experimentando un aumento de 2.7 °C para finales de siglo (Climate Action Tracker, 2021); aun si se complementaran con aumentos fortísimos en la escala y ambición de las reducciones de emisiones después de 2030 (IPCC, 2018). Los impactos climáticos, por supuesto, también se extienden a la biodiversidad, cuyos efectos son evaluados más integralmente por la Plataforma Intergubernamental Científico-Normativa sobre Diversidad Biológica y Servicios de los Ecosistemas (IPBES, por sus siglas en inglés), la cual declara que:

El rápido declive pasado y actual de la diversidad biológica, las funciones ecosistémicas y muchas de las contribuciones de la naturaleza a las personas indica que, teniendo en cuenta las trayectorias actuales, no se lograrán la mayoría de objetivos sociales y ambientales internacionales [...] Las proyecciones muestran que las tendencias negativas en la diversidad biológica y las funciones ecosistémicas continuarán empeorando en varios escenarios futuros en respuesta a impulsores indirectos (IPBES, 2019).

Considerando este mensaje funesto, el cambio transformador se presenta como la vía más directa para lograr los objetivos sociales,

climáticos y ambientales, pero aún resta la tarea de articular esfuerzos para tornar esto en una realidad. Una pieza clave para cumplir con este cometido, es que la sociedad atienda el tema e integre acciones. Hoy en día, son las generaciones de personas jóvenes las que están liderando la protesta de acción.

Una característica distintiva y común de las generaciones globales de personas jóvenes es la creciente preocupación por el futuro de la sociedad, el clima y la naturaleza. Son ellas quienes están reavivando el posicionamiento del tema en la agenda global. Tal vez el ejemplo más evidente sea la nueva ola de activismo climático y ambiental liderada por infancias y juventudes, la cual en 2019 se expresó en una serie de Marchas Globales por el Clima y que en su auge contó con 2 500 eventos en 163 países, en donde se estima participaron cuatro millones de personas (Barclay y Resnick, 2019). La demanda común del movimiento es que los gobiernos del mundo actúen ambiciosamente y urgentemente para atender los retos de la crisis climática y fijar a los 1.5 °C el aumento de la temperatura global, todo en pos de asegurar un planeta en el que puedan vivir plenamente. La mejor oportunidad para que estos deseos influyeran las decisiones de la agenda global, es que tengan acceso a diálogos de alto nivel para que las personas decisoras atiendan las inquietudes de las juventudes. Si bien varios espacios así ya existen, éstos tienen muchas áreas de oportunidad para verdaderamente facilitar la gobernanza intergeneracional.

La inclusión de grupos como las infancias y juventudes suele encontrarse con trabas para integrarse a diálogos de alto nivel. Aunque se ha trabajado por incrementar su incorporación, y se han logrado avances, el éxito es parcial. Corona y Vélez (2021) relatan que tras un trabajo de catorce años, fue apenas en 2009 cuando por primera vez se le dio reconocimiento provisional a las juventudes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (UNFCCC, por sus siglas en inglés). El proceso ha tenido sus altibajos. Especialmente criticadas han sido las limitaciones y los mecanismos de control implementados para involucrar a las personas jóvenes dentro de las negociaciones internacionales. Si bien el involucrarles

en estos ejercicios de gobernanza es fundamental, pues son quienes heredarán el planeta y experimentarán los impactos más exacerbados de la crisis climática y ambiental, la burocracia continúa reacia a permitirles involucrarse de manera más justa, abierta, democrática y equitativa. Esto genera sentimientos difíciles para las personas jóvenes, que continúan luchando por ser escuchadas y consideradas en la toma de decisiones.

A pesar de que hay un gran número de jóvenes y niños que se están movilizandopara frenar la crisis climática y ambiental y están buscando abrirse espacios para incentivar cambios, también existen otros que aún no toman acción. El motivo de esta investigación nace de preguntarnos ¿por qué?

Habitar¹ en un mundo más que humano

Como hemos mencionado, las prácticas y el comportamiento del ser humano en las últimas décadas han exacerbado problemas ambientales como el cambio climático y la contaminación, presentes en todos los medios naturales (como el aire y el agua). Ante los impedimentos que acontecen día con día y que en el futuro seguirán presentándose cada vez con más intensidad, Donna Haraway considera que comúnmente hay dos formas en que las personas reaccionan: *i*) por un lado, están esperando que surjan nuevas tecnologías que nos permitan remediar la situación (2019: 22); *ii*) por otro lado, hay un pensamiento desalentador en el que ya no hay motivos por los cuales intentar una mejoría en las cosas si el panorama futuro es tan adverso (Haraway, 2019: 22-23). De hecho, desde este segundo juicio hay un cierto cinismo en las personas que trabajan por el bienestar de la especie humana y de las otras especies, ya que en el fondo están convencidas de que no hay mucha esperanza en

¹ Utilizamos el término *habitar* ya que alude a los modos de vida y al sentido de pertenencia y/o apego al lugar que se habita y que de acuerdo a Cuervo Calle (2008) tiene que ver con la identificación del ser humano en el universo físico y socio-cultural en el que se mueve.

que las cosas cambien, ya sea porque consideran que sólo ayudan las actividades que son útiles o porque son de relevancia únicamente los proyectos propios y de personas cercanas que muestran resultados (Haraway, 2019: 23).

En este sentido, nos encontramos en un *impasse* en el que es evidente la presencia de un profundo problema ambiental y ante el cual, idealmente, podría haber algunas posibles soluciones o expectativas de cambio gracias al desarrollo de nuevas tecnologías. Es claro que la situación es compleja de enmendar, sin embargo, el peligro es caer en la inacción y por ello Haraway (2019) plantea la necesidad de “seguir con el problema” (como el nombre de su libro lo indica: *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*). Esto es, continuar realizando acciones tanto a nivel de política gubernamental, de instituciones como también a nivel individual que permitan establecer panoramas alentadores sin ignorar la existencia del deterioro ambiental y sus implicaciones.

Pese a que para algunas personas hay una preocupación por el ambiente y por su deterioro, para otra gran parte de la población esta situación les parece algo ajena. Como lo plantean Poma y Gravante, sólo “percibimos algo como un problema cuando nos afecta o pensamos que causará algún daño” (2021: 15). Para unos, en realidad, la naturaleza es algo ajeno, que incluso les puede causar extrañeza; pensemos en aquellas personas que viven en grandes ciudades donde su interacción transcurre entre vehículos (en un sentido amplio), construcciones grandes y pequeñas, constante ruido de lo que acontece, y viviendo con la rapidez que se requiere para transitar de un lugar a otro. En algunas zonas de la Ciudad de México es muy difícil ver las montañas en la lejanía porque uno se encuentra rodeado de edificios. En este sentido, para una persona que vive en contextos urbanos, prevalece la extrañeza ante la naturaleza. Sin embargo, aún, en estos lugares también habitan otros organismos no humanos que en la mayoría de los casos pasan desapercibidos, como si fueran aditamentos de un paisaje esperado. Éste es el caso de la vegetación y las plantas que resisten a la contaminación urbana, así como algunos tipos de roedores y aves. Esto nos podría dar

algunos argumentos del porqué realmente no hay una preocupación tan grande por los otros no humanos.

Es indispensable tomar conciencia del vínculo de interdependencia que tenemos los seres humanos con los demás organismos que forman parte del entorno. En ese sentido, retomando a Haraway, es necesario generar parentescos, reconocer a otros organismos como parte de nuestro entorno, no en el sentido de lazos familiares sanguíneos ni generacionales, sino en el de vínculos con todo aquello que en principio nos puede parecer ajeno (2019: 157-159). De alguna manera, Haraway propone vernos en conjunto con las otras especies; lo anterior nos permitiría establecer lazos afectivos y de cuidado hacia organismos no humanos distintos a nosotros (Haraway, 2019: 311-312). Entre los seres humanos y ciertos animales, como los gatos y los perros, se han instaurado vínculos de parentesco que han permitido nuevas significaciones en cuanto a las relaciones, de manera que la violencia que las personas puedan ejercer sobre estos grupos cada vez es menor. Sin embargo, esto aún sigue siendo limitado y hasta de alguna manera selectivo. Los vínculos de cercanía y “parentesco” tendrían que permear a niveles más amplios entre los humanos y las otras especies (flores, árboles, insectos, mamíferos, entre otros) así como permitir que haya una consideración hacia el cuidado del ambiente que nos rodea y sostiene. Concebirse dentro de esta trama compleja de organismos contribuiría a generar nuevas significaciones; lo natural y próximo dejaría de ser tan ajeno como parece para algunos. Así, nuestras formas de actuar dejarían de dirigirse únicamente hacia los humanos, como aquello que es más importante cuidar y preservar.

Para ilustrar lo anterior, podemos recurrir a una de las historias que relata Haraway respecto de la manera en que un proyecto de ciencia ciudadana (llamado *Pigeon Watch* de la Universidad de Cornell) logró cambiar la significación entre las infancias de Washington, D.C., que participaron y las palomas del lugar (Haraway, 2019: 51-53). El proyecto se basaba en la recolección de datos respecto del color de palomas y las personas que participaban tenían que pasar tiempo observándolas; esto transformó la impresión que tenían

las niñas y niños respecto de las palomas, pasando de considerarlas como aves molestas y desagradables a seres con comportamientos amistosos que tenían que ser cuidados (Haraway, 2019: 51-53). En este sentido, la interacción y el establecimiento de parentescos entre humanos y no humanos contribuye a que las relaciones entre todos los organismos de un lugar puedan tener una relación de afecto y colaboración distinta; dejando a un lado la actitud de ver la naturaleza únicamente como una fuente de bienes de los que podemos disponer para satisfacer nuestras necesidades o como meros aditamentos de nuestro entorno –lo que nos llevaría a olvidar o ni siquiera considerar su presencia.

Tanto Haraway (2019), Poma y Gravante (2021), así como Puig de la Bellacasa (2017) enfatizan la interdependencia que tenemos los humanos con todos los otros seres, ya sean éstos animales o vegetales. Desde esta visión, no se considera por tanto que los humanos seamos los dueños de los recursos, sino más bien tan sólo una más de las especies que conforman la red de la vida en el planeta. La noción de naturaleza/cultura de la cual los autores y las autoras hablan, implica que no hay una verdadera separación del mundo natural con el del mundo humano y que por tanto tenemos que reconocer que nuestra visión del mundo y nuestra cultura tiene un efecto directo sobre el mundo natural. Esto de alguna manera nos lleva directamente a preguntarnos sobre las implicaciones éticas tanto del efecto que han tenido nuestras acciones en el planeta, como de nuestras obligaciones hacia las otras especies.

Sobre ética y cuidado

La *ética del cuidado* se ha denominado como tal debido al énfasis que se le ha puesto al cuidado ya sea como algo que se otorga a otros o que se espera recibir (incluso de manera desinteresada). Diferentes formas de pensar este tema se han desarrollado en las últimas décadas (Gilligan, 2013; Sander-Staudt, s.a.; Busquets *et al.*, 2019). Cada una de ellas ha planteado diversos aspectos como serían contemplar

el autocuidado y el cuidado remunerado, algunos han puesto ciertos límites al alcance del cuidado y otros han planteado maneras amplias de un cuidado en conjunto.

Aun cuando Puig de la Bellacasa (2017) aborda el cuidado desde la generación del conocimiento en ámbitos académicos de la ciencia y la tecnología, consideramos que esta aproximación de análisis no se desliga de una realidad cotidiana de los individuos y de una urgencia a considerar dentro de una noción del cuidado de manera más amplia. Por lo tanto, si bien la mayoría de las perspectivas que estudian el cuidado toman en cuenta que éste se encuentra sujeto a ciertas normativas morales y valores, nosotros retomamos a Puig de la Bellacasa (2017) y Haraway (2019) para plantear que toda forma de pensar el cuidado está sujeta a relaciones ontológicas y de parentesco. Es decir, que el cuidado se suscita porque somos seres en relación, y no por una premisa moral o epistemológica (Puig de la Bellacasa, 2017: 69). Esto se ve de manera clara en las relaciones afectivas, por ejemplo, entre amigos; cuando alguno de ellos obtiene un logro o le sobreviene algún accidente, se genera cierto sobresalto emocional, de alegría o de tristeza, que exacerba ese cuidado hacia el otro. Lo mismo sucede con relaciones no humanas como con algunos animales, o cuando las plantas que tenemos en nuestros hogares se marchitan, o el bosque próximo a nosotros se incendia. De modo que es claro que en estas relaciones no prevalece una causa normativa que condicione dicha manera de obrar. Con ello no se niega tampoco que el cuidado pueda estar sujeto a cierta moral o valores; sin embargo, en sí no es condicionado. Un ejemplo de ello son las personas que se dedican a cuidar de otros, como el personal de enfermería o de asilos, que pueden tener como motivos aspectos económicos.

De igual manera, habría que decir que el cuidado no es algo dado de manera innata o que las relaciones podrían permanecer interminablemente sin cuidado (Puig de la Bellacasa, 2017: 70). Es algo que se desarrolla en constante interacción con los otros; que incluso puede no ser recíproco y también puede desaparecer. Volviendo al ejemplo de los amigos, la amistad es algo que puede mantenerse por largos periodos de tiempo. Hay quienes mantienen relaciones

de amistad desde la infancia y hay amistades que cambian conforme pasa el tiempo. Así, vemos que estos lazos de cuidado pueden ser constantes o pueden irse disipando.

En el caso de la relación con los animales, hay ciertos valores que hacen tener un mayor respeto de unos sobre otros, de acuerdo con ciertos sentimentalismos (Herrera, 2018: 54), como privilegiar a algunos por aspectos estéticos y de costumbre. De algunos se tiene la certeza de que poseen sistemas nerviosos centrales y que por ende experimentan sufrimiento y dolor; de otros no se puede asegurar, pero tampoco es algo que pueda creerse impensable y que realmente también puedan sentir (Herrera, 2018: 48). Aun cuando se intuye que la mayoría de los animales pueden padecer, no se tiene el mismo trato con todos ellos. No es tan fácil generar parentescos de manera directa como los que se establecen con animales próximos a nuestros entornos; sin embargo, esta misma relación de afecto y cuidado que se tiene con los perros se podría equiparar con el resto de los animales, aunque no con la misma carga afectiva. En estos casos, en cuanto a la relación con la mayoría de seres no humanos, y de los cuales el parentesco de manera directa no se efectúe, podemos establecer determinados valores y consideraciones que nos permitan el respeto de la mayoría de ellos (Herrera, 2018: 51).

En suma, mantenemos que es considerable apuntalar hacia una noción del cuidado que vaya más allá del mundo humano, por medio del parentesco y la relación con especies no humanas. De esta manera, el parentesco entre humanos y no humanos posibilita un cuidado, ya sea mutuo o no, contextual de los distintos seres. Las afecciones que podrían sufrir algunas áreas verdes cuando son incendiadas o ciertos maltratos animales y humanos conducirían a una preocupación desinteresada y no condicionada de los distintos seres de un mismo lugar. Se dejaría de pensar la naturaleza, en el sentido de aquello externo a lo humano, como lo que está a la mano y al servicio del ser humano; como mero recurso a disposición.

Aspectos metodológicos

Desde julio de 2020 a la fecha, hemos estado participando en el proyecto internacional “Consulta Virtual en América del Norte sobre el Derecho de los Niños y Jóvenes a un Medio Ambiente Sano: La Construcción de una Agenda para la Justicia, la Equidad y el Empoderamiento”. Dicho proyecto tiene como propósito recabar información acerca de la opinión de los niños y los jóvenes acerca de la situación ambiental actual y sobre las problemáticas ambientales que ellos enfrentan en sus comunidades para redactar nuevos documentos que con ayuda de un representante de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) servirán para generar cambios en el acta de los derechos de los niños y otros documentos de importancia. Se han realizado ya diversas encuestas en diferentes países. En el año 2021 se planeó realizar un encuentro con niños y jóvenes representantes de Canadá, Estados Unidos, México y el Caribe para discutir y generar las propuestas que se harán de parte de los jóvenes de esta región. Los autores de este artículo forman parte del equipo coordinador de la consulta en México, que se ha enfocado en encontrar información más específica sobre los niños y los jóvenes en México. Una de nuestras acciones iniciales fue diseñar una primera encuesta con 43 alumnos universitarios que contemplaba diversos aspectos en términos medioambientales: cómo perciben la situación actual y cómo les afecta; quiénes creen que deben resolver los problemas ambientales y qué acciones personales quieren hacer; cuál es la visión a futuro para un ambiente sano, y qué acciones han tomado para realizar esa visión.

Se realizaron posteriormente dos reuniones por Zoom para escuchar sus testimonios y entender cuál era su comprensión del problema y cómo percibían su papel como jóvenes desde la perspectiva de la ética del cuidado. Los resultados obtenidos nos hicieron plantearnos ciertas dudas acerca de la forma en que se está abordando el tema del cambio climático, sobre todo por el efecto que tiene en las niñas, niños y jóvenes, así como en la falta de movilización por parte de los mismos.

Resultados

Aun cuando nuestra indagación se dirigió a diversos aspectos, por motivos de espacio sólo abordaremos tres aspectos: los problemas ambientales que ellos ven en sus comunidades, la manera en que les afecta y las acciones que ellos han realizado o no en favor del medio ambiente, así como las razones que dan para este último punto.

En cuanto a los principales problemas que ellos detectan en su comunidad, los más importantes se refieren a dos aspectos: la basura 40% (residuos sólidos y quema de la misma) y el agua 35% (escasez, agua sucia, fugas de agua e inundaciones debidas a la obstrucción de alcantarillas). Otros problemas que mencionan son el aire contaminado, la falta de áreas verdes, la contaminación auditiva, así como los desechos fecales de animales.

En términos del tipo de afectaciones, ya sea a nivel personal o a nivel de su comunidad, la mayoría (39%) considera el efecto que tiene este problema en las enfermedades respiratorias y digestivas; le sigue en importancia los problemas de inundaciones debidas al deterioro de las tuberías y de los sistemas de drenaje (22%). Mencionaron también la manera en que la escasez de agua (14%) y la mala calidad de la misma (10%) les afectaba, tanto en el ámbito de la preparación de los alimentos como en el aseo personal. Otras respuestas vinculadas a la forma en que les afecta la problemática ambiental es el mal olor debido a la acumulación de basura y el estrés por la contaminación auditiva (8% y 7%, respectivamente).

La encuesta exploraba también la visión que ellos tenían a futuro para poder vivir dentro de un ambiente sano, y las acciones que han realizado a favor del medio ambiente para que su visión pudiera realizarse. En promedio, 18% de los estudiantes respondió que promueven el reciclaje con sus familiares y conocidos; 17% se refirió al cuidado del agua ya sea tratando de bañarse en el menor tiempo posible, no desperdiciándola y reutilizándola; 14% menciona que separa la basura y 12% plantea que procura no tirar la basura en las calles. Le sigue en importancia la intención de concientizar a otras personas sobre el cuidado ambiental, explicándoles las consecuencias

de determinadas acciones y algunas opciones para mejorarlas (11%). Otras acciones que mencionaron son el hacer mayor uso del transporte público y generar menos basura (6% cada una), y las que tienen el porcentaje menor se refieren a la reforestación, el uso de bolsas de tela para hacer las compras, el uso de productos biodegradables y la compra de productos a granel. Como se puede observar, el tema que más les preocupa es el que se refiere a la basura, ya que uniendo el punto de reciclaje con el de separar la basura, no tirarla y generar menos basura representan 50% de las respuestas.

Los resultados anteriores se refieren a las respuestas que obtuvimos en la encuesta, y que nos muestran que muchos de los estudiantes están cuidando del planeta a nivel individual. Quisimos, por otra parte, explorar de manera más profunda cuál era el sentir de los estudiantes específicamente ante el tema de la ética del cuidado vinculado con la crisis ambiental. En sesiones anteriores habíamos revisado los textos de Gilligan (2013) y de Poma y Gravante (2021), por lo que en una de las sesiones de Zoom se discutió este tema para escuchar la manera en que ellos percibían su papel como jóvenes ante la crisis ambiental. Sus respuestas mostraron que no se sentían satisfechos con las acciones individuales que estaban llevando a cabo y eso los llevó a plantearse por qué, como jóvenes informados acerca del calentamiento global y la situación ambiental tan crítica que estamos enfrentando, no habían modificado su manera de relacionarse hacia el medio ambiente.

Lo que pudimos observar en la discusión fue que muchos de sus impedimentos estaban vinculados con las emociones que sentían ante la gravedad del problema. Chapman y colaboradores (2017), así como Poma y Gravante (2018, 2021) han mencionado la importancia de las experiencias emocionales en respuesta al complejo problema climático, campo de estudio en el cual no se ha avanzado lo suficiente. Lo que estos autores han planteado es la manera en que las emociones tienen un rol fundamental en los sistemas de aprendizaje, mencionando que están relacionadas con una serie de valoraciones cognitivas del contexto, del yo y de los demás. Los testimonios que obtuvimos de los estudiantes nos permitió confirmar la importancia de la relación que hay entre las emociones y la acción.

La importancia del sentir. Respuestas emocionales a noticias trágicas y el desarrollo de mecanismos de defensa que impiden la movilización y el compromiso ambiental en los jóvenes

Muchas veces en el mundo actual todo lo que es relativo al sentir es mal visto. Las emociones y los sentimientos históricamente se han relacionado con una falsa “imagen femenina” que se asocia con ser poco objetivo, imparcial e impulsivo. Podemos ver ejemplos de esto en todos lados, como en las ciencias, en donde se repite constantemente que para la investigación y el ejercicio de la práctica profesional se debe ser siempre “objetivo”. Que los sentimientos no deben “nublar nuestro juicio”. O que no debemos tener miradas subjetivas que intervengan en nuestros diferentes campos de estudio.

Como si el sentir fuera algo malo, algo que hay que evitar a toda costa. Como si eso fuera posible. La negación del sentir es algo arcaico. Las personas sentimos porque existimos. Al nacer un ser humano no “piensa”, o al menos no en el sentido estricto en el que entendemos lo que es pensar. Al nacer, un ser humano *siente*. Siente dolor, siente hambre, siente frío, siente apego, siente cólicos, *siente*. Y eso nunca se detiene, los sentimientos y las emociones no son un factor externo que puede o no aparecer a lo largo de nuestras vidas: es algo que certeramente nos acompañará en cada respiración que demos. Desde lo más estricto de lo que significa sentir en el sentido físico, como sentir el viento, sentir hambre, sentir dolor, etcétera; hasta las formas más elaboradas del sentir, como sentir amor, sentir tristeza, sentir disgusto, sentir alegría, etcétera.

Sentir no es “una condición” que se cura o se cancela. Sentir es intrínseco al existir, y al ser humano. No obstante, hay una marcada tendencia histórica por tratar de imaginar y fingir que el sentir puede (y debe) ser suprimido, o suspendido. Esta tendencia ha afectado también en el manejo de la catástrofe ambiental en donde, como dijimos anteriormente, existe una marcada propensión a sólo dar “malas noticias”, ilustradas con números, cifras y estadísticas que revelan el estado trágico e irreversible del medio ambiente, acompa-

ñadas siempre por un mensaje de que “debemos hacer algo para detener esta catástrofe”, pero ¿quién debe hacer algo?, ¿qué debe hacer?, ¿cómo? Y esto ¿cómo hace sentir a los jóvenes?

De acuerdo a lo que vimos en las respuestas de los jóvenes en la encuesta que realizamos, las emociones que ellos tienen relacionadas con el medio ambiente son principalmente de tristeza, miedo y resignación. En el diálogo que establecimos con ellos, dejan ver su sentir al respecto:

No importa en lo que creas, ni en donde estés, una fecha nos unirá a todos, espero que esa fecha no llegue puesto que si eso pasara, quiere decir que será el fin del mundo como lo conocemos, pero sobre todo, no nos unirá para hacernos más fuertes, sino tal vez, para hacernos más egoístas, sujetos con más ganas de poder, las guerras ya no serán por ver quién es mejor sino por el control de los pocos recursos que queden en este planeta, la paga ya no será en pesos o dólares, será con alimentos en buen estado o algunos artículos que aún quedan de uso básico, llegará el día en que dejemos de luchar por los demás y ese día [...] habremos perdido nuestra humanidad. Pero aún no llega ese día, aún estamos a tiempo, somos la generación que puede evitar que todo eso pase, no se trata de actuar el día de mañana sino hoy, no importa lo poco que pueda ser, hay que hacerlo antes de que sea demasiado tarde (Juan, comunicación personal).

La narrativa de Juan nos muestra que para él la crisis climática está relacionada con el fin del mundo, esto coincide con las respuestas que otros universitarios tienen ante el fenómeno (González-Gaudiano y Maldonado-González, 2014); sin embargo, también vemos un atisbo de esperanza reflejado en el aquí y ahora. Es en el presente en el que se sostienen y arraigan sus esperanzas para no pensar en el futuro que parece devastador. La sensación de amenaza por lo que viene es también expresada por otros:

Un día mi madre me dijo que en una parte de la India sus tierras ya son estériles por lo que ya no pueden sembrar, uno de los países con los ríos más contaminados por las industrias ha perdido también sus

tierras, no puedo imaginar ese sentimiento, tengo miedo de despertar un día con la noticia donde en México sea igual; cada vez que veo una noticia sobre la escasez del agua, una noticia de Monsanto o mineras ilegales, agresión a colectivos o ecologistas que luchan por los derechos ambientales, me da tristeza y me siento impotente de no saber qué hacer, pero también me da alegría ver que más personas por medio de redes sociales crean páginas con concientización ambiental y social, con productos de uso personal y alimentaria sustentables (Brenda, comunicación personal).

En esta narrativa podemos encontrar, directamente expresado por Brenda Ramírez, la enorme sensación de miedo, tristeza e impotencia por las malas noticias del medio ambiente, de violencia y abuso y el sentir que ella no puede hacer nada. Pero alegría también por aquellos que sí pueden hacer algo, y lo están haciendo. Aparece la perspectiva de que “hay algunos” que pueden hacer algo para ayudar y lo están haciendo, pero es una visión ajena a sí misma, alejada y puesta en otros sujetos.

Vemos entonces que cuando se aborda el tema del cambio climático y la crisis ambiental desde la perspectiva de la tragedia, repitiendo cifras, datos y estadísticas que asustan, con la intención de lograr algún cambio o respuesta positiva, lo que se genera es una burbuja de inmunidad subjetiva en la que las personas han normalizado las malas noticias y no han logrado conectar con el mensaje que querían transmitir: “movilización y cambio urgente”. Esto podría deberse a la respuesta emocional que tenemos ante este tipo de noticias; retomando a Sussan Moser:

En sus intentos por hacer sonar las alarmas con más fiereza, muchos se sienten tentados a hacer que el tema sea más aterrador o inundar a la gente con más información, creyendo que si la gente entendiera la urgencia del calentamiento global actuaría o exigiría más acción (Moser, 2007: 64).²

² Todas las traducciones del inglés al español son nuestras.

Es importante conocer los datos oficiales sobre el plástico en el océano, o sobre cómo está aumentando el calentamiento global, pero debido a la forma en que funciona el cerebro humano, sería demasiado difícil estar constantemente al tanto de todas estas malas noticias, sin normalizarlas, y además poder afrontarlas y hacer algo para intentar solucionar estos problemas. Otra vez Moser:

El propósito psicológico de las reacciones de lucha, huida o congelarse es controlar el peligro externo o la experiencia interna del miedo. Ambas respuestas probaron ser adaptaciones positivas si aumentaron la capacidad de una persona para hacer frente a una situación peligrosa [...] Pero, por otro lado, si una persona sólo tiene como objetivo controlar el miedo o el dolor sin reducir el peligro, el psicólogo considera tal respuesta maladaptativa. Las conductas maladaptativas pueden ser: la negación de la existencia del problema, la creencia de que el problema no sucederá aquí/a nosotros, la proyección de la responsabilidad en otra persona, la ilusión o la racionalización de que el problema desaparecerá por sí solo (Moser, 2007: 67).

Esto lo hemos visto en varias de las narrativas recopiladas en el estudio, la proyección de la responsabilidad en otra persona, cuando los jóvenes hablan de aquellos otros que “sí pueden hacer algo y lo están haciendo”; así como también vemos una repetida conducta maladaptativa en la mayoría de los jóvenes al generar una inmunidad subjetiva respecto del tema, reduciendo el dolor, la ansiedad y la tristeza, pero sin reducir el peligro:

En mi caso fue demasiado abrumador, en parte autoprotección y en parte comodidad, tratando de darle la espalda; en 4º de primaria tuve una profesora que nos hablaba mucho, yo llegaba a mi casa con ataques de ansiedad a los diez años, no sabía cómo manejar eso, lo pintaban como el fin del mundo. Allí entran las emociones, no tenía las herramientas para contener la angustia que estaba pasando, y por eso tenía que protegerme. No nos dieron alguna alternativa, que nos dijeran qué estaba pasando, pero no nos decían que podíamos hacer estas acciones (Rocío, comunicación personal).

Como vemos en este testimonio, no es un asunto de que a los niños y los jóvenes no les importe el medio ambiente, ya que si no les importara no sería un tema que les generara tanta ansiedad. Las palabras de esta joven nos hacen ver lo que Armstrong (2010) enfatiza acerca de que en la educación sobre el cambio climático no deben comunicarse “tragedias” a los niños, ni sobrecargarlos con información negativa, sino precisamente equilibrar la información que reciben con acciones que ellos sientan que pueden hacer, como sería plantar un árbol o hacer un huerto escolar.

Observamos que niñas, niños y jóvenes reciben una información deshumanizada llena de datos que no les permiten cultivar una actitud de cuidado hacia la naturaleza y hacia las otras especies no humanas, porque ante un futuro catastrófico, inminente e irreversible, se genera una sensación de que no se puede hacer nada para detenerlo o posponerlo. Con este tipo de información los jóvenes experimentan “emociones incómodas” como la impotencia, el miedo o la culpa, las cuales, según Poma y Gravante (2021), llevan a la negación o, peor aún, a la inacción como mecanismo de defensa. Es por ello que es necesario repensar cómo transmitimos la información, así como sus implicaciones éticas, y sobre todo poner en el centro a las emociones:

Tendemos a pensar en las respuestas cognitivas de una persona a un estímulo de forma binaria: racional o irracional. Muchos interpretan “emocional” como sinónimo de irracional. Pero, desde una perspectiva evolutiva, las emociones pueden salvar vidas. Junto a la experiencia y la memoria, ofrecen “interpretaciones” críticas de las situaciones que nos rodean. En caso de peligros inmediatos estas reacciones básicas pueden inducirnos a luchar, huir o congelarnos. Como sugiere Slovic, el razonamiento analítico no puede ser efectivo a menos que esté guiado por la emoción y el afecto (Moser, 2007: 66).

Ahora más que nunca es importante poner atención a las emociones que se generan a partir de la información que recibimos, ya que si estas emociones son las adecuadas en conjunto con “valores biosféricos” (González y Amerigo, 1998) podrían llevarnos a prácticas que impacten positivamente al medio ambiente.

Como pudimos observar en los testimonios anteriores, la información fatalista y excesivamente alarmante, más allá de generar una respuesta de acción y movilización rápida, genera una respuesta cognitiva maladaptativa que busca eliminar la sensación de miedo interno sin eliminar la amenaza. Estos abordajes fatalistas generan *shock*, paralización, inmunidad subjetiva (“a mí no me va a pasar”) y omisión del papel de responsabilidad que todos tenemos en esta situación, proyectándola hacia otros “que sí pueden hacer algo y lo están haciendo”.

¿Cómo modificar esto?

En primera instancia, es importante no olvidar que somos seres sentipensantes; es decir, existe un proceso paralelo e interactivo entre la dimensión cognitiva y emocional que nos da como respuesta una acción o la falta de ésta. Por lo tanto, uno de los primeros pasos es entender que el tomar conciencia de la situación actual va más allá de conocer los datos, sino que se requiere producir y consumir información que ponga especial énfasis en generar emociones movilizadoras, ya que éstas nos impulsarán a querer hacer algo.

Otro punto importante en términos de la comprensión de la inter-existencia de la que hemos hablado es la necesidad de fomentar la empatía, la cual según Baron-Cohen (2011b) es una capacidad que consta de dos etapas: identificar y responder a los sentimientos y pensamientos del otro con una emoción adecuada y correspondiente. Como podemos ver en los testimonios, muchas veces los sujetos se quedan en la primera etapa y no se genera una respuesta ya sea emocional o conductual. Si bien la mayoría de los seres humanos tenemos la capacidad de ser empáticos, también tenemos la posibilidad de “apagarla”. En el caso de los testimonios aquí presentados podemos ver cómo “apagan” su empatía como mecanismo de defensa en el momento que ésta interfiere con su cotidianidad o comodidad:

Yo sí pensaba que he vivido con una desconexión muy grande de la naturaleza, porque desde chica yo vivía en una casa donde no había ningún servicio, era una colonia con tierra, y con lodo en las lluvias, pero no había agua, luz, ni drenaje. Por eso para mí, mejoras que acaban con la naturaleza, con árboles y animales, implica una mejora en la calidad de vida. Que mis propios padres o los vecinos pudieran construir su casa o una barda, pues eso era mejorar, aunque se tuvieran que tirar árboles, y cuando llegó al asfalto estábamos muy contentos porque eso era salir adelante, progresar (Victoria, comunicación personal).

Quisiéramos también analizar este testimonio desde el planteamiento de parentesco que hemos abordado anteriormente. Victoria habla de su familia o incluso de sus vecinos como algo cercano, mientras que los árboles o animales no entran en este campo de cercanía, lo que propicia que no haya una consideración ni cuidado hacia los mismos y que en cierto sentido se justifique la violencia y agresión hacia estas especies “subordinadas”. Esto se refiere a lo que Poma y Gravante (2021) han retomado del planteamiento de empatía que ha hecho Baron-Cohen (2011a) y que ellos lo aplican a las distintas especies. Este autor define a esta situación como una “erosión de la empatía”; si bien este desgaste emocional es producto del sistema extractivista y capitalista del cual somos parte en el cual se antepone los intereses propios, es esperanzador saber que –como sucedió con el ejemplo de las palomas– la posibilidad de empatía está ahí, sólo hace falta “prenderla”, comenzar a reducir dicha “erosión” y fortalecer este componente central que nos permite sentir y actuar.

Una de las estudiantes expresa el sentimiento de culpa que le da por no responsabilizarse, a pesar de tener una conciencia clara de lo que tiene que hacer:

Para mí, lo más importante es el sentido de la culpa [...] Sé lo que tengo que hacer, pero a veces cuesta hacerlo. Y somos muchísimos y todos tenemos que poner de nuestra parte, pero como la mayoría no pone su granito de arena, entonces qué importa lo que haga; como por ejemplo los que dejan de comer carne, son veganos [...] yo siento que se me

hace muy extremo y si no puedo hacer eso, pues entonces no hago nada más (Abril, comunicación personal).

Su respuesta emocional frente a la crisis medioambiental, muy semejante a la de varios de sus compañeros, es consecuencia de la sensación de aislamiento y de una creencia en que la responsabilidad es algo individual. Aquellos sujetos que realizan acciones individuales a favor del medio ambiente tratando de minimizar la culpa, frecuentemente se llegan a enfrentar con emociones como la impotencia y la frustración. De acuerdo con Poma y Gravante (2021), estas emociones se deben a que sus prácticas ecológicas no tienen un impacto inmediato en el entorno, lo que profundiza un estado de soledad, impotencia y frustración. Algo distinto sucede cuando los individuos buscan formar parte de colectivos que mediante una afinidad de valores les permite experimentar un sentido de pertenencia, acogimiento, solidaridad e incluso catarsis:

Hace unos años dejé de comer carne y sentí que estaba sola contra el mundo. En todo mi entorno la gente seguía comiendo carne, y en las reuniones familiares me decían: “¿Y la proteína? No estás comiendo bien. ¿Es que estás loca?” Es una zona de confort porque hay alternativas, que están en la colectividad, de saber que si hay otras personas haciendo algo, encontrar esas personas y crear redes de apoyo para no sentirte como loco. Qué tanto puedo aportar yo si me baño en menos tiempo, pero veo que toda la gente gasta tanto, pero si empiezas a sentir que aunque sean actos chiquitos, son importantes porque hay mucha gente que está haciendo cambios (Marisa, comunicación personal).

Reflexiones finales

El ejercicio dialógico que llevamos a cabo con personas jóvenes universitarias nos deja muchas preguntas abiertas y nos invita a seguir reflexionando sobre el tema. Cuando pensamos en el cuidado del planeta, nos seguimos preguntando cuáles serían los aspectos que

posibilitan promover una ética del cuidado en las juventudes que les permita ir más allá de sus intereses personales e incluso llevar a cabo acciones colectivas para ayudar al planeta. A través de esta investigación hemos llegado a determinadas conclusiones sobre diferentes aspectos que rodean esta temática.

La primera es que los comunicadores del tema ambiental requieren entender que hay que modificar la manera en cómo se comunican las noticias para que los jóvenes puedan prestarles atención y comprometerse a ayudar para cambiar la situación. Ciertamente, observamos que actualmente existe un abordaje trágico de las noticias sobre el medio ambiente que en muchas ocasiones genera más daño que utilidad. Los testimonios de los estudiantes muestran que es fácil que desarrollen conductas maladaptativas como mecanismos de defensa para ignorar la sensación de peligro interno, sin eliminar la verdadera amenaza. Muchos de ellos perciben la crisis ambiental como algo irreversible, lejano y fuera de sus manos, del mismo modo también desarrollan una determinada inmunidad subjetiva ante el tema, y proyectan la responsabilidad de tomar acción y solucionar el problema en otros sujetos.

Detectamos un estado de ánimo de tristeza prolongada y frustración respecto del tema, que los lleva a refugiarse en la resignación ante el hecho de esa catástrofe inminente de la cual no pueden defenderse, ni hacer algo para posponerla o solucionarla. Así también, percibimos que la sensación de aislamiento hace que perciban que sus acciones son inútiles y eso los desmotiva aún más.

Confirmamos que la relación entre ellos con otras especies no humanas sigue estando desarticulada. Se presentan emociones en detrimento de su bienestar que siguen siendo sentidas y pensadas desde sus propios intereses, sin tomar en cuenta que hay más vida fuera de lo humano.

¿Cuáles serían algunas posibles acciones para cambiar esto?

Nosotros proponemos reforzar una línea de trabajo en la que la comunicación sobre el cambio climático y la crisis ambiental tenga como eje y como base la ética del cuidado. Es fundamental entender que el cuidado es un factor intrínseco en nuestro existir, y que éste se tiene que expresar en todas direcciones y hacia todas las especies. En términos del grave problema ambiental que enfrentamos, se requiere cambiar nuestros modos de expresión para que el mensaje que se quiere transmitir no sea ignorado o reprimido, sino que los individuos sean capaces de apropiarse de dicho discurso, de visualizarlo en sus propias circunstancias de vida y de movilizarse al respecto.

Ante la reflexión personal que los alumnos hicieron acerca de lo que les impide sentir que pueden cuidar el planeta, un aspecto importante es que muchos de ellos sienten que sus compromisos en favor del ambiente (reducir el tiempo al bañarse, no utilizar bolsas de plástico, reciclar, etcétera) no tienen relevancia pues sienten que son sólo ellos los que los están haciendo y hay una gran mayoría de personas que no hacen nada. Creemos que este sentido de aislamiento y soledad es una verdadera limitante que está detrás de las emociones de resignación y tristeza, puesto que al no vincularse con otros, no existe una sinergia que dé fuerza a sus acciones. Es por ello que nos parece que se requiere reforzar un sentido de pertenencia, el poder actuar de manera colectiva con personas que comparten sus mismos valores y que les motiven a sostenerse en la lucha. En este sentido, es interesante mencionar que a pesar de que varios de ellos plantearon el formar parte de colectivos comprometidos con el medio ambiente como una de las ideas que los inspiran más para atender los problemas ambientales, prácticamente ninguno de ellos reportó pertenecer a algún grupo de activistas medioambientales.

La pandemia de Covid-19 nos hizo darnos cuenta de la importancia que tiene la cooperación y solidaridad, más allá de lo humano, y eso conlleva repensar la necesaria redistribución de los cuidados entre los hombres y las mujeres, así como el énfasis del cuidado que debemos tener los humanos hacia las otras especies.

Ambas situaciones, sin duda, son clave no sólo para una situación sanitaria sino para la transformación y el cambio dentro de la situación medioambiental.

Entonces, ¿cómo debemos comunicar la situación del medio ambiente para que los jóvenes puedan apropiarse de esos discursos, entenderlos y comprometerse a actuar para cambiar la situación del planeta?

Jugar con apelaciones emocionales para crear urgencia es como jugar con fuego [...] Numerosos estudios nos advierten sobre el uso de apelaciones de miedo, los estudios empíricos muestran que el miedo puede cambiar las actitudes y las expresiones verbales de preocupación, pero no necesariamente aumenta el compromiso activo o el cambio de comportamiento [...] Es más probable que la información de amenazas sea persuasiva y cause persistencia, cambio de actitud y motivación de respuestas constructivas sólo cuando las personas se sienten personalmente vulnerables al riesgo; disponen de información útil y muy concreta sobre posibles acciones cautelares, valoran positivamente la propia capacidad (autoeficacia) para llevar a cabo la acción; sienten que la acción sugerida resolverá efectivamente el problema (eficacia de la respuesta); creen que el costo asociado con la adopción de medidas de precaución es bajo o aceptable (Moser, 2007: 68-69).

Así, por una parte, retomando lo que menciona Moser, si se toma la opción de seguir apelando al miedo, se corre un gran riesgo de continuar con la inacción. En todo caso, cuando se comuniquen noticias alarmantes o trágicas con la intención de generar compromiso y movilización en los jóvenes, se debe también seguir la serie de pasos mencionados anteriormente: lograr que se sientan vulnerables al riesgo, dar información útil y concreta sobre medidas cautelares, mostrar medidas que son relativamente sencillas, que los hagan sentir que esas medidas serán efectivas para ayudar en la medida en que cada vez más personas las hagan. Pensamos que algunas de estas acciones podrían ayudar a que los jóvenes no activen sus mecanismos de defensa para ignorar el tema.

Aunque esto es una primera sugerencia sobre cómo empezar a cambiar las cosas a través de una mejor comunicación, otro elemento esencial es poder modificar cómo vemos la situación en general:

Será fundamental involucrar a las personas en la visión de un futuro por el que valga la pena luchar. Los comunicadores pueden contribuir al surgimiento de tal visión, primero dejando de evocar un escenario apocalíptico en la imaginación de la gente, segundo, señalando los muchos esfuerzos en curso y, finalmente, proporcionando foros donde las personas puedan participar en el proceso de visionado. Trazar caminos allí y apoyarse mutuamente en el trabajo hacia este objetivo nos llevará a más de la mitad del camino (Moser, 2007: 75).

Nos parece fundamental la capacidad para pensar en otros mundos posibles, reconocer que a pesar de la difícil tarea que enfrentamos es pertinente movilizarnos y abrazar la oportunidad del cambio para aportar a una transformación de la situación actual. Es necesario ser capaces de imaginar un mundo diferente para poder crearlo. Es importante que los niños y los jóvenes puedan entender que su participación activa es fundamental para salvar el planeta. Cuando pensamos que vivimos en una red de relaciones, nos hace recordar que la responsabilidad del cuidado está en todos, sin olvidar a los seres no humanos. Eso se mueve en varios sentidos: por una parte, en el sentido individual de volvernos responsables de lo que hacemos y consumimos, y por la otra, en el sentido colectivo de unirnos con los demás para cuestionar y presionar a las grandes empresas para que se hagan responsables del daño que producen, así como a las instituciones gubernamentales para establecer urgentemente políticas públicas de cuidado que protejan no solo a la sociedad, sino a nuestro planeta y a todos los que habitamos en él.

Como lo dice Haraway (2019), necesitamos “seguir con el problema”, es importante tener en cuenta lo que sucede con la crisis ambiental global, y por lo tanto, hay que hacer énfasis en las maneras adecuadas de comunicarla. La ética del cuidado tiene que estar presente también en las voces de todas las personas que estamos en

el medio académico, en donde se genera y se comunica el conocimiento. Como lo plantean Puig de la Bellacasa (2017) y Haraway (1991), el conocimiento y la comunicación del mismo son prácticas relacionales que generan significado, conforman mundos posibles y, por tanto, tienen implicaciones éticas innegables.

Bibliografía

- Armstrong, Carly Louise (2010), *No tragedies before grade four? Expert opinion on teaching climate change to children*, tesis, Royal Roads University, Toronto, Canadá.
- Barclay, Eliza y Resnick, Bryan (2019), “How big was the global climate strike? 4 million people, activists estimate”, en *Vox*, sep. 22. [<https://www.vox.com/energy-and-environment/2019/9/20/20876143/climate-strike-2019-september-20-crowd-estimate>].
- Baron-Cohen, Simon (2011a), *The science of evil*, Basic Books, Estados Unidos.
- Baron-Cohen, Simon (2011b), *Zero degrees of empathy: A new theory of human cruelty*, Penguin Books, Estados Unidos.
- Busquets, Montse *et al.* (coords.) (2019), *Nuevas políticas del cuidar. Alianzas y redes en la ética del cuidado*, Victor Grifols i Lucas, Barcelona.
- Chapman, Daniel *et al.* (2017), “Reassessing emotion in climate change communication”, en *Nature Climate Change*, vol. 7, pp. 850-852.
- Climate Action Tracker (2021), *Warming Projections Global Update*, noviembre. [https://climateactiontracker.org/documents/997/CAT_2021-11-09_Briefing_Global-Update_Glasgow2030CredibilityGap.pdf].
- Corona, Yolanda y Vélez, Julián (2021), “From paralysis to activism: Climate change and world care by young people”, en V. Derr y Y. Corona (eds.), *Latin American transnational children and youth. Experiences of nature and place, culture and care across the Americas*, Routledge, Londres.

- Cuervo Calle, Juan José (2008), “Habitar: una condición exclusivamente humana”, *Revista Iconofacto*, vol. 4, núm. 5, pp. 43-51.
- Escobar, Arturo (2016), “Sentipensar con la tierra. Las luchas territoriales y la dimensión ontológica de las epistemologías del sur”, en *Revista de Antropología Iberoamericana*, vol. 11, núm. 1.
- Gilligan, Carol (2013), “La ética del cuidado”, en *Cuadernos de la Fundación Víctor Grífols I Lucas*, Fundación Víctor Grífols I Lucas, Barcelona.
- González, Antonio y Amerigo, María (1998), “La preocupación ambiental como función de valores y creencias”, en *Revista de Psicología Social*, vol. 13, núm. 3, pp. 453-461.
- González-Gaudiano, Édgar, Maldonado-González, Ana Lucía (2014), “¿Qué piensan, dicen y hacen los jóvenes universitarios sobre el cambio climático? Un estudio de representaciones sociales”, en *Educación em Revista*, Curitiba, Brasil.
- Haraway, Donna (1991), *Simians, cyborgs and women*, Routledge, Nueva York.
- Haraway, Donna (2008), “When species meet”, en *Posthumanities*, vol. 3, University of Minnesota Press.
- Haraway, Donna (2019), *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, trad. H. Torres, Consonni, Bilbao, España.
- Herrera, Alejandro (2018), “Nada vivo nos es ajeno”, en P. Rivero Weber (coord.), *Zooética. Una mirada filosófica a los animales* (pp. 44-55), Fondo de Cultura Económica / UNAM, México.
- Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC) (2018), “Global warming of 1.5 °C. An IPCC special report on the impacts of global warming of 1.5 °C above pre-industrial levels and related global greenhouse gas emission pathways, in the context of strengthening the global response to the threat of climate change, sustainable development, and efforts to eradicate poverty”, en V. Masson-Delmotte, P. Zhai, H. Pörtner, D. Roberts, J. Skea, P. Shukla, A. Pirani, W. Moufouma-Okia, C. Péan, R. Pidcock, S. Connors, J. Matthews, Y. Chen, X. Zhou, M. Gomis, E. Lonnoy, T. Maycock, M. Tignor y T. Waterfield (eds). [https://www.ipcc.ch/site/assets/uploads/sites/2/2019/06/SR15_Full_Report_High_Res.pdf].

- Moser, Sussane (2007), “More bad news: The risk of neglecting emotional responses to climate change information”, en S. C. Moser y L. Dilling (eds.), *Creating a climate for change: Communicating climate change and facilitating social change* (pp. 64-80), Cambridge University Press, Cambridge.
- Poma, Alice y Gravante, Tommaso (2018), “El papel de las emociones en la respuesta al cambio climático”, en *Interdisciplina*, vol. 6, núm. 15, pp. 32-62.
- Poma, Alice y Gravante, Tommaso (2021), “Sentir, pensar y actuar frente a la emergencia climática. Una guía para conocernos mejor y poder actuar”, en *Justicia Energética*, Greenpeace, México.
- Puig de la Bellacasa, María (2017), *Matters of care. Speculative ethics in more than human worlds*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Sander-Staudt, Maureen (s.a.) “Care ethics”, en *Internet Encyclopedia of Philosophy*. [<https://iep.utm.edu/care-eth/>].
- Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services (IPBES) (2019), “Global assessment report on biodiversity and ecosystem services of the Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services”, en E. S. Brondizio, J. Settele, S. Díaz y H. T. Ngo (eds.), *IPBES Secretariat*, Zenodo, Bonn, Alemania, pp. 1144. [<https://doi.org/10.5281/zenodo.5657041>].

Fecha de recepción: 30/05/21
 Fecha de aceptación: 29/09/21